



¿Quién siente hoy rubor por sucumbir a la lujuria de comprarse el último fetiche de moda o rendirse a la gula y dejarse medio sueldo en 'delicatessen'? Los siete pecados capitales de la española de hoy han cambiado y bien podrían ser los que aquí enumeramos.

Nuevos tiempos. nuevas tentaciones. Si hasta hace un siglo el infierno dantesco remitía a pérfidas Cleopatras que paseaban su lujuria de flor en flor, a almas ennegrecidas por la envidia y la avaricia y a penosos glotones capaces de traicionar por un racimo de uvas, ahora el Purgatorio ha renovado su *hall* y dispone de nuevas habitaciones. De la iluminación y el estilismo se encarga, provisionalmente, Amaya Arzuaga; la música la ponen grupos como Air y Nightmares on Wax; mientras que las labores de fontanería recaen en anónimos cirujanos. Pero, acláremoslo ya, se trata de cargos rotativos.

los nuevos pecados capitales

POR BERTA BEL



Los antiguos pecados capitales no sólo se han quedado desfasados sino que se han convertido en aficiones a cultivar.



PIRELLA GÖTTSCHE LOWE

Tal vez por este cambio de escenario, los pecados son otros. Las antiguas moradoras del Averno lucen hoy las últimas creaciones de Vivienne Westwood, leen libros de autoayuda y se desviven por la máxima de un hombre, Calvino, que dijo que el tiempo era oro.

Las que triunfan acceden en vida a una especie de paraíso terrenal en forma de *loft* —el armario, grande— donde hay que tomar lecitina de soja para preservar el sistema nervioso.

Y es que los antiguos pecados capitales ya no sólo han quedado desfasados sino que, en algunos casos, se han convertido en aficiones a cultivar. La lujuria, valga el caso, tiene la faz precisa de un bolso de Fendi y unos zapatos de Prada; la gula, el aroma de unas cerezas rojas;

la avaricia, el color de las acciones de Repsol. Otro tanto puede decirse de la envidia, la pereza, la soberbia o la ira.

Nada, pues, peligroso. A lo sumo, siete pecados veniales que pueden ser absueltos con sencillas penitencias, llámese no comer chocolate durante tres días u obligarse a hacer deporte entre las siete y las ocho de la mañana.

Si somos sinceras, debemos confesar que en el tercer milenio nuestros pecados capitales son otros y la lista de tentaciones mortales podría ser la que se cita a continuación:

1 MARKETING PARA EL ALMA

Después de años recurriendo a médicos de guardia y a terapias muy caras, hemos averiguado que la mejor medicina la tenemos en casa. Al fenómeno se le llama autoayuda y su receta para el éxito pasa por confiar en una misma, o lo que es lo mismo, por ponerse bien el estetoscopio y comunicar con el alma.



Gracias a Louise L. Hay ("Usted puede sanar su vida"), Wayne W. Dyer ("Tus zonas erróneas") y Dale Carnegie ("Cómo ganar amigos") hemos mejorado en autoestima y descubierto a un Dios personal que nos da palmaditas en la espalda cuando las cosas van muy mal. Pero también la autoayuda se ha convertido en un gran negocio, en un *todo a cien* sin escrúpulos donde se compite por ofrecer más felicidad al mejor precio y que ha engendrado libros con títulos parecidos a "Hágase rica en dos patadas", "Sonríe cada mañana cuando los pájaros cantan" o "Cómo encontrar pareja sin salir de casa".

Así las cosas, Deepak Chopra, autor de "Las siete leyes espirituales del éxito", ha pasado de ser un endocrino desconocido a ganar ochocientos millones de pesetas al año; y otro tanto puede decirse de Napoleón Hill con "Piense y hágase rico": su caso recuerda al de aquellas colecciones del tipo "Aprenda alemán en siete días"; cuando el método fracasa, no te devuelven el dinero.

2 Y YO MÁS

«Espejito, espejito, ¿hay mujer más hermosa que yo en este mundo?» Gilles Lipovetsky denomina a este fenómeno «el síndrome de Narciso/a» y le dedica un capítulo entero del libro "La era del vacío", un ensayo sobre el individualismo contemporáneo. En los tiempos que corren, cada una de nosotras se ha convertido en directora de *marketing* de su propio ego. Diarios íntimos, páginas web en Internet, currículos, tarjetas de presentación escritas en letra gótica... Todo vale para dar a entender que somos únicas, irremplazables, perfectas.

Si alguien nos pregunta si hemos visto ya la exposición en homenaje a Romy Schneider, hay que responder que sí, que la vimos en Nueva York el pasado año. Que la receta que triunfa en la guía Michelin es el gazpacho de fresones, pues nada, nosotras, qué casualidad, la preparamos muy bien. De lo que se trata es de ser una mujer hecha a sí misma que necesita abrirse camino y que ya está cansada de su espejo.

3 MECHANIC LOVE

Los psicólogos, siempre tan creativos, han inventado un término nuevo. Se trata del *tecnoestrés*, una nueva patología que tiene su origen en el abuso de la tecnología. A Pam Albridge, por ejemplo, una madre norteamericana de Untilla -Florida- le acaban de retirar la custodia de sus dos hijas por ser adicta a Internet.

Y si las *máquinas amigas* no nos marearan bastante por el día (como si no fuera suficiente con la familia, el trabajo y las colegas), las mujeres de hoy hemos entrado en una loca carrera por ocupar hasta el mínimo resquicio de nuestro tiempo. Restauramos muebles, aprendemos yoga, nos apuntamos a talleres literarios y, si aún queda tiempo, practicamos *aerobic* o paseamos en bicicleta.

El resultado es que nuestros relojes echan humo, que lo que más nos pita es el móvil -«que hoy no, que hoy no puedo»-, que compramos en las farmacias la receta para el sueño, que cogemos el puente aéreo, que estamos a la vez en todas partes y, sobre todo, en ningún lado. Llegadas a este punto, el hipernegocio de la hiperactividad nos ha llevado a macroestancias en balnearios y a megacursos sobre la técnica zen -repite conmigo: «Estoy relajada y mi mente planea en paz sobre un lago»-, cuando no a súper curas orientales en las que nos recuerdan que el día de cuarenta y ocho horas todavía no se ha inventado.

VIVIR SIN EDAD

Hace unos meses el escritor Manuel Vicent nos hacía la siguiente confidencia: «Muchos de mis amigos, como yo, rondan los sesenta años de edad, se están divorciando, porque intuyen que pueden vivir unos cuantos años más y quieren disfrutarlos.»

Si esto ocurre en *la edad de oro*, ya podéis imaginar lo que sucede en la de plata, en la de bronce y en la de metacrilato. Pactamos con el diablo, envidiamos a las vampiras, nos pringamos de colágeno, coleccionamos cremas que rimen con exfoliantes, reafirmantes, adelgazantes, hidratantes, purificantes, etc. para que a fuerza de acumular *antes* se retrase el *después*.

«La moda propone y la cirugía dispone», sugería hace poco una revista, haciendo caso omiso a la letra de una canción de Leo-

Adictas a las compras, al deporte o a la tecnología... La obsesión por no perder tiempo es uno de los nuevos pecados.





nard Cohen que venía a decir que «algunas chicas se meten por error en el lío de los bisturís». Las cosas están llegando a tal punto que, si la cantante Cher se ha convertido en algo así como la mujer biónica, en una especie de androide reconstruida pieza por pieza para el placer de algún *blade runner* anónimo, en Francia la artista de performance Orlan se ha operado siete veces para —¡ver para creer, chicas!— tener la frente de la Gioconda, la barbilla de la Venus de Botticelli y la nariz de una Diana de la famosa escuela de Fontainebleau.



Reirse de todo, el narcisismo de Cher, la autoayuda... Nuevos pecados para un nuevo siglo.

Lo posmoderno hoy es reirse de todo, tener ocurrencias felices en la recámara, desdramatizar, que la vida son cuatro días, cultivar la risoterapia y, a poco que se pueda, decir la última palabra. Dice el historiador francés Philippe Ariés que sobre la muerte se ha extendido un pesado silencio. «Cuando se rompe, como a veces ocurre en América del Norte —señala— es para reducir la muerte a la insignificancia de un acontecimiento cualquiera.» Pero, ¿con qué bruja debe vivir este hombre —¡j, j, ja, ja— para decir estas parrafadas?

6 IR A LA ÚLTIMA

Dice Claudia Schiffer: «La moda me influye bastante. Nunca me pongo nada que ya no esté de moda. Si la minifalda, por ejemplo, está de moda, pues entonces me pongo una minifalda.» Pues bien, Claudia, te vamos a poner al día. La minifalda ya no se lleva, tampoco el minimalismo y ni siquiera el *glam*. Ahora lo que pega en Nueva York son unas zapatillas chinas con pedrería y bordados, que combinan muy bien con pantalones de chándal. También salir con tipos rudos, como Sancho Gracia, que no recuerdan ni de lejos a tu admirado David Kotkin, alias Copperfield, siempre tan mono con el conejito en la chistera. Por lo demás, la generación de ahora ya no es la X, sino la *flex*, prefijo de flexible, sinónimo de chicas que no se someten a una empresa a cambio de un sueldo fijo.

7 LA SOLEDAD COMO REFUGIO

Para bien o para mal, los hombres ya no son lo que eran, a fuerza de tratadas hemos empezado a desconfiar de ellos. Los añorados tigres de Bengala —valientes y, a la vez, tiernos— han sido sustituidos por una legión de camaleones que igual te prometen el séptimo cielo que te pasean por el infierno. A falta de hombres que se involucren en sus relaciones, se pronostica que en el futuro aumentará el número de llaneras solitarias, al menos hasta que no se demuestre que el príncipe azul no vive en un cuento de hadas. Si tuviéramos una varita mágica concederíamos a los hombres tres deseos: la inteligencia, la ternura y el respeto. Pero mientras tanto, deberán conformarse con vestir su disfraz de rana a la espera de que un apasionado beso los absuelva de sus pecados. ✎